

quitar de hoy a mañana. Me protegen de consecuencias desagradables guardando página por página.

ANDREA: ¡Dios!

GALILEI: ¿Decías?

ANDREA: ¡Lo hacen arar en el mar! Le dan pluma y papel para que se tranquilice. ¿Cómo puede escribir teniendo sus escritos ese destino?

GALILEI: Oh, yo soy un esclavo de mis costumbres.

ANDREA: ¡Los "Discorsi" en manos de éstos! ¡Y Amsterdam, Londres y Praga se mueren de sed por ellos!

GALILEI: Me imagino los lamentos de Fabricio, allá, haciendo alarde de sus flacos huesos pero sabiéndose en seguridad.

ANDREA: ¡Dos nuevas ciencias, perdidas!

GALILEI: Él y otros se van a conmovir cuando oigan que he puesto en juego hasta los últimos miserables restos de mi comodidad para hacer una copia —a mis propias espaldas, podría decir— utilizando la última gota de luz de las noches claras durante seis meses. Mi vanidad me ha impedido hasta ahora destruir esa copia. "Cuando tu ojo te moleste, arráncatelo." El que escribió esto sabía más de comodidad que yo. Calculo que entregarla es el colmo de la locura. Pero dado que no he podido lograr apartarme de los trabajos científicos es bueno que puedan tenerla también ustedes. La copia está en el globo. Si tienes el propósito de llevarla hasta Holanda, tuya es toda la responsabilidad. En ese caso la habrías comprado de alguien que tiene entrada al original en el Santo Oficio. (*Andrea se ha dirigido al globo y saca de allí el manuscrito.*)

ANDREA: ¡Los "Discorsi"! (*Hojea el manuscrito. Lee.*) "Mi propósito es presentar una ciencia totalmente nueva sobre un tema muy viejo: el movimiento. He logrado descubrir, por medio de experimentos, algunas cualidades que son científicamente valiosas."

GALILEI: Algo tenía que hacer en mi tiempo libre.

ANDREA: Esto fundará una nueva física.

GALILEI: Mételo bajo la chaqueta.

ANDREA: ¡Y nosotros pensamos que había desertado! ¡Y mi voz fue la más fuerte contra usted!

GALILEI: Era lo justo. Yo te enseñé la ciencia y yo negué la verdad.

ANDREA: Esto cambia todo.

GALILEI: ¿Sí?

ANDREA: Usted esconde la verdad. Delante del enemigo. También en el campo de la ética nos llevaba usted siglos.

GALILEI: Aclara eso, Andrea.

ANDREA: Con el hombre de la calle dijimos nosotros: él morirá pero no se retractará. Usted volvió: yo me he retractado pero viviré. Sus manos están manchadas, dijimos nosotros. Usted dice: mejor manchadas que vacías.

GALILEI: Mejor manchadas que vacías. Suena a realismo. Suena a mí. Nueva ciencia, nueva ética.

ANDREA: ¡Yo hubiese tenido que saberlo antes que todos! Tenía once años cuando usted vendió el anteojo inventado por otro hombre al Senado de Venecia. Vi después cómo daba un uso inmortal a ese instrumento. Sus amigos negaban con la cabeza cuando usted se inclinaba ante el niño de Florencia: la ciencia ganaba público. Siempre se rió de los héroes. "La gente que sufre me aburre", decía. "Las desgracias tienen su origen en cálculos deficientes." Y "ante la existencia de obstáculos la distancia más corta entre dos puntos puede ser la línea sinuosa".

GALILEI: Sí, recuerdo.

ANDREA: Cuando en el año 33 se prestó a retractarse de una hipótesis popular de sus teorías, hubiese tenido que saber yo que usted se retiraba de una riña política sin esperanza para proseguir con la verdadera misión de la ciencia.

GALILEI: Que consiste en...

ANDREA: ...el estudio de las propiedades del movimiento, padre de las máquinas que hará tan habitable la Tierra que se llegará a prescindir del cielo.

GALILEI: Ah...

ANDREA: Usted ganó tiempo para escribir una obra científica que sólo usted podía escribir. Si en cambio hubiese terminado en una aureola de fuego en la hoguera, los otros habrían sido los vencedores.

GALILEI: Y con los vencedores. Y no existe ninguna obra científica que solamente un hombre sea capaz de escribirla.

ANDREA: ¿Y por qué se retractó?

GALILEI: Me retracté porque temía el dolor corporal.

ANDREA: ¡No!

GALILEI: Me mostraron los instrumentos.

ANDREA: ¡Entonces, no era un plan! *(Pausa. En voz alta.)*

La ciencia conoce sólo un mandamiento: el trabajo científico.

GALILEI: Y lo he cumplido. ¡Bienvenido a la zanja, hermano en la ciencia y primo en la traición! ¿Te gusta el pescado? Yo tengo pescado. El que huele mal no es mi pescado sino yo. Yo vendo, tú eres el comprador. ¡Oh irresistible presencia del libro, de la santa mercancía! ¡Se me hace agua la boca y las maldiciones se ahogan! ¡La Gran Babilonia, las bestias asesinas, los pestosos, abrid las piernas y todo cambiará! ¡Bendita sea nuestra usurera y blanqueada sociedad temerosa de morir!

ANDREA: ¡El miedo a la muerte es humano! Las debilidades humanas no le importan a la ciencia.

GALILEI: No. Mi querido Sarti, también ahora, en mi actual estado, me siento capaz de darle algunas referencias acerca de todo lo que a la ciencia le importa. Esa ciencia a la que usted se ha prometido. *(Entra Virginia con una fuente. Galilei, académicamente, las manos juntas sobre el vientre.)* En las horas libres de que dispongo, y que son muchas, he recapacitado sobre mi caso. He meditado sobre cómo me juzgará el mundo de la ciencia, del que no me considero más como miembro. Hasta un comerciante en lanas, además de comprar barato y vender caro, debe tener la preocupación de que el comercio con lanas no sufra tropiezos. El cultivo de la ciencia me parece que requiere especial valentía en este caso. La ciencia comercia con el saber, con un saber ganado por la duda. Proporcionar saber sobre todo y para todos, y hacer de cada uno un desconfiado, eso es lo que pretende. Ahora bien, la mayoría de la población es mantenida en un vaho nacarado de supersticiones y viejas palabras por sus príncipes, sus hacendados, sus clérigos, que sólo desean esconder sus propias ma-

quinaciones. La miseria de la mayoría es vieja como la montaña y desde el púlpito y la cátedra se manifiesta que esa miseria es indestructible como la montaña. Nuestro nuevo arte de la duda encantó a la gran masa. Nos arrancó el telescopio de las manos y lo enfocó contra sus torturadores. Estos hombres egoístas y brutales, que aprovecharon ávidamente para sí los frutos de la ciencia, notaron al mismo tiempo que la fría mirada de la ciencia se dirigía hacia esa miseria milenaria pero artificial que podía ser terminantemente anulada, si se los anulaba a ellos. Nos cubrieron de amenazas y sobornos, irresistibles para las almas débiles. ¿Pero acaso podíamos negarnos a la masa y seguir siendo científicos al mismo tiempo? Los movimientos de los astros son ahora fáciles de comprender, pero lo que no pueden calcular los pueblos son los movimientos de sus señores. La lucha por la mensurabilidad del cielo se ha ganado por medio de la duda; mientras que las madres romanas, por la fe, pierden todos los días la disputa por la leche. A la ciencia le interesan las dos luchas. Una humanidad tambaleante en ese milenario vaho nacarado, demasiado ignorante para desplegar sus propias fuerzas, no será capaz de desplegar las fuerzas de la naturaleza que ustedes descubren. ¿Para qué trabajan? Mi opinión es que el único fin de la ciencia debe ser aliviar las fatigas de la existencia humana. Si los hombres de ciencia, atemorizados por los déspotas, se conforman solamente con acumular el saber por el saber mismo, se corre el peligro de que la ciencia sea mutilada y de que sus máquinas sólo signifiquen nuevas calamidades. Así vayan descubriendo con el tiempo todo lo que hay que descubrir, su progreso sólo será un alejamiento progresivo para la humanidad. El abismo entre ustedes y ella puede llegar a ser tan grande que las exclamaciones de júbilo por un invento cualquiera recibirán como eco un aterrador griterío universal. Yo, como hombre de ciencia, tuve una oportunidad excepcional: en mi época la astronomía llegó a los mercados. Bajo esas circunstancias únicas, la firmeza de un hombre hubiera provocado grandes conmociones. Si yo hubiese resistido, los estudiosos de las ciencias naturales habrían podido desarro-

llar algo así como el juramento de Hipócrates de los médicos, la solemne promesa de utilizar su ciencia sólo en beneficio de la humanidad. En cambio ahora, como están las cosas, lo máximo que se puede esperar es una generación de enanos inventores que puedan ser alquilados para todos los usos. Además estoy convencido, Sarti, de que yo nunca estuve en grave peligro. Durante algunos años fui tan fuerte como la autoridad. Y entregué mi saber a los poderosos para que lo utilizaran, para que no lo utilizaran, para que abusaran de él, es decir, para que le dieran el uso que más sirviera a sus fines. Yo traicioné a mi profesión. Un hombre que hace lo que hice yo no puede ser tolerado en las filas de las ciencias. (Virginia, que se ha quedado inmóvil durante este monólogo, coloca la fuente sobre la mesa.)

VIRGINIA: Tú has sido aceptado en las filas de los creyentes.

GALILEI: Eso mismo. Y ahora, a comer. (Andrea le alargaba la mano. Galilei la mira pero no la toma.) Tú mismo eres maestro, ¿puedes permitirte aceptar una mano como la mía? (Se sienta a la mesa.) Alguien que estuvo de paso me envió dos gansos. Yo como siempre con gusto.

ANDREA: ¿Cree usted todavía que ha comenzado una nueva época?

GALILEI: Sí. Presta atención cuando atraveses Alemania.

ANDREA (incapaz de irse): Con respecto a su valoración del autor de que hablamos, no sé qué responderle. Pero no creo que su mortífero análisis será la última palabra.

GALILEI: Muchas gracias, señor. (Comienza a comer.)

VIRGINIA (acompañando a Andrea hacia afuera): Nosotros no apreciamos a visitantes de tiempos pasados. Lo excitan. (Andrea se va. Virginia vuelve.)

GALILEI: ¿No sabes quién habrá podido enviar los gansos?

VIRGINIA: Andrea no fue.

GALILEI: Quizá no. ¿Cómo está la noche?

VIRGINIA (en la ventana): Clara.

1637. LOS "DISCORSI" DE GALILEI ATRAVIESAN LA FRONTERA ITALIANA.

Pequeña ciudad fronteriza italiana. De mañana temprano. Junto a la barrera de la guardia aduanera, juegan unos chiquillos. Andrea espera junto a un cochero el examen de sus papeles por los guardias. Está sentado sobre un pequeño cajón y lee el manuscrito de Galilei. Más allá de la barrera está el carruaje.

LOS CHIQUILLOS (cantan):

María con su bata rosa
Sentada sobre una roca
La camisa se cagó.
Cuando el invierno llegó
La vistió sin alboroto.
Mejor cagado que roto.

EL GUARDIA FRONTERIZO: ¿Por qué abandona usted Italia?

ANDREA: Soy científico.

EL GUARDIA FRONTERIZO (al escribiente): Anota abajo: Razón de la salida: científico. Tengo que revisar su equipaje. (Lo hace.)

EL PRIMER CHIQUILLO (a Andrea): No se siente aquí. (Señala la choza enfrente de la cual está sentado Andrea.) Allí vive una bruja.

EL SEGUNDO CHIQUILLO: La vieja Marina no es ninguna bruja.

EL PRIMER CHIQUILLO: ¿Quieres que te retuerza el brazo?

EL TERCER CHIQUILLO: Claro que lo es. De noche vuela por el aire.

EL PRIMER CHIQUILLO: Y si no lo fuera, ¿por qué no recibe de la ciudad ni siquiera un jarro de leche?

EL SEGUNDO CHIQUILLO: ¡Qué va a volar por el aire! Eso no lo puede hacer nadie. (A Andrea.) ¿Se puede volar?

EL PRIMER CHIQUILLO (señalando al segundo): Éste es Giuseppe, no sabe nada de nada; no puede ir a la escuela porque no tiene un pantalón entero.

EL GUARDIA: ¿Qué libro es ése?

ANDREA (sin levantar la cabeza): Uno del gran filósofo Aristóteles.

EL GUARDIA (desconfiado): ¿De quién?

ANDREA: Ya se ha muerto. (Los chiquillos, para burlarse de Andrea, caminan como si fueran leyendo libros.)

EL GUARDIA (al escribiente): Mira ahí a ver si habla sobre la religión.

EL ESCRIBIENTE (hojea): No encuentro nada.

EL GUARDIA: Todo este husmeo no tiene objeto. Si alguien quisiera escondernos algo no lo llevaría tan a la vista. (A Andrea.) Tiene que firmar aquí que nosotros le hemos revisado todo. (Andrea se levanta lentamente y, siempre leyendo, se dirige con el guardia hacia la casa.)

EL TERCER CHIQUILLO (al escribiente, señalándole el cajón): Ahí hay algo más, ¿no ve?

EL ESCRIBIENTE: ¿No estaba antes allí?

EL TERCER CHIQUILLO: Lo puso el diablo. Es un cajón.

EL SEGUNDO CHIQUILLO: No, es del forastero.

EL TERCER CHIQUILLO: Yo no iría allí, ella le ha embrujado los jamelgos al cochero Passi. Yo mismo miré a través del agujero que la tormenta de nieve hizo en el techo, y oí cómo los caballos tosían.

EL ESCRIBIENTE (que casi había llegado hasta el cajón, duda y vuelve a su lugar): ¿Cosas del diablo, eh? Es imposible controlar todo. ¿A dónde iríamos a parar? (Andrea vuelve con un jarro de leche. Se sienta de nuevo sobre el cajón y sigue leyendo.)

EL GUARDIA (detrás de él, con papeles): Cierra los cajones. ¿Está todo?

EL ESCRIBIENTE: Todo.

EL SEGUNDO CHIQUILLO (A Andrea): Usted que es científico, a ver, dígame: ¿se puede volar por el aire?

ANDREA: Espera un momento.

EL GUARDIA: Ya puede pasar. (El equipaje ha sido llevado por el cochero. Andrea toma el cajón y quiere marcharse.)

¡Alto! ¿Qué lleva ahí?

ANDREA (retomando el manuscrito): Libros.

EL PRIMER CHIQUILLO: Es el cajón de la bruja.

EL GUARDIA: ¡Qué disparate! ¡Cómo va a embrujar un cajón!

EL TERCER CHIQUILLO: ¡Pero si la ayuda el diablo!

EL GUARDIA (ríe): Aquí no pasan esas cosas. (Al escribiente.)

Abre, vamos. (El cajón es abierto. El guardia, sin ganas.)

¿Cuántos hay ahí adentro?

ANDREA: Treinta y cuatro.

EL GUARDIA (al escribiente): ¿Cuánto tiempo necesitarás?

EL ESCRIBIENTE (que ha comenzado a revolver superficialmente): Está todo impreso. Pero no podré hacer su desayuno, y ¿cuándo voy a ir a lo del cochero Passi para cobrar los derechos de aduana atrasados si tengo que revisar todos los libros?

EL GUARDIA: Es cierto, el dinero es más importante. (Empuja los libros con el pie.) ¡Bah, por lo que se podrá leer ahí adentro! (Al cochero.) ¡Listo! (Andrea pasa la frontera con el cochero, que lleva el cajón. Ya del otro lado, pone el manuscrito de Galilei en la maleta de viaje.)

EL TERCER CHIQUILLO (señala el jarro que Andrea ha dejado en el suelo): ¡El cajón desapareció! ¡Fue el diablo!

ANDREA (dándose vuelta): No, fui yo. Aprende a abrir los ojos. La leche y el jarro están pagos. Son para la vieja. Giuseppe, todavía no he respondido a tu pregunta. No se puede volar montado en un palo, por lo menos tendría que haber una máquina. Pero todavía no existe una máquina semejante. Tal vez nunca la habrá porque el hombre es muy pesado. Pero es claro, no lo podemos saber. Nosotros no sabemos lo suficiente, Giuseppe. Estamos realmente en el comienzo.